

ANDRES PEREA, arquitecto.

1. La transformación de la ejemplaridad: del corolario al caso.

Sociólogos y filósofos de la ciencia y la tecnología, han dando testimonio, largamente, de como las disciplinas técnicas y científicas tienden a desarrollar ejercicios altamente predeterminados. Lejos de la idea de experimentación y riesgo con las que culturalmente tendemos a identificarlas, las instituciones académicas tienden a mediar las investigaciones asegurando la condición predecible de los resultados. Una enorme maquinaria de centros de formación, instrumentos de trabajo, publicaciones y premios honoríficos asegura la inexistencia de contradicciones que "desacrediten la disciplina". El funcionamiento correcto de las profesiones se identifica con una idea de coherencia cuya artificialidad requiere una gran cantidad de medios para su mantenimiento. Sin embargo, la autentica innovación, no la que sólo supone una recombinación de los elementos deducidos del ejercicio anterior, requiere aceptar la diversidad de interpretaciones, la incoherencia, el error y el riesgo como áreas de oportunidad en la investigación.

La arquitectura de los últimos tiempos ha compartido esta deriva de las ciencias en la misma medida en que las artes se han nutrido de la tecnología o los antropólogos han encontrado misiones en los laboratorios. El enorme aparataje académico e institucional se ha encaminado a consagrar una definición casi única de calidad y prestigio. La obra de Andrés Perea no puede entenderse desde dentro de este sistema que, por cierto, se demuestra inhábil para englobar otros muchos trabajos profesionales. Valorar los proyectos que con este artículo se publican supone quebrantar la idea de que la bondad es la visualización de una verdad única y defendible con la lógica y la batuta.

Esta arquitectura es libre, habita en el mundo de la controversia con cierta comodidad y no necesita salvaguardar sus valores en los estilos oficiales. Estos resultados, emergen de procedimientos y conductas distintos, no sólo desde el punto de vista de la formalización última, sino desde la estructuración metodológica más incipiente. Para empezar, es necesario mirar a la realidad directamente, sin los filtros que la disciplina ofrece. Andrés expone la sociedad, la naturaleza y la técnica contemporánea sin alusiones a principios de autoridad, ya sean históricos, académicos o políticos, mira directamente su medio y estima sus potencias. Estructura a continuación las entradas de información sin armaduras jerárquicas, ni procesos lineales y sin vínculos lógicos indiscutidos. No es posible explicar estos proyectos como consecuencia de un irrefutable análisis del contexto, ni como el desarrollo de un ideario, ni como la aplicación del manifiesto de ningún movimiento: cada proyecto cristaliza, en una amalgama de decisiones múltiples, constituyendo una mirada singular a un medio complejo. Son precisamente esta multiplicidad de las decisiones y esta falta de linealidad de los procesos las causas de dos logros de enorme relevancia profesional y social. En términos profesionales, esta arquitectura libera al proyecto del esclavismo de la idea única en favor de la convocatoria de una serie de entidades materiales que pueden evolucionar, en el periodo de diseño o en el de vida útil, hacia diferentes estados del mismo interés y calidad. En términos sociales, se trata de una arquitectura capaz de representar a muchas almas. Las diversas decisiones proyectuales son

susceptibles de dar voz a agentes numerosos y diversos. No es esta una arquitectura donde el usuario sea el recluta de una idea feliz o de una exigente militancia estilística.

Esta forma de trabajo híbrida, compleja y vagamente estructurada dota al proyecto de nuevas cualidades. Cada arquitectura no es la consecuencia, el corolario o la conclusión de unas condiciones de contorno sino una construcción de potencias, un augurio de posibilidades. Permítanme que me refiera a ellas como un "caso". Como el buen escritor de novela negra, Andrés señala a los implicados, reconstruye sus móviles, estima su credibilidad y no se apresura en una resolución banal y predecible sino que explota las máximas potencias del misterio, la sorpresa y la profundidad existencial. Cada convocatoria profesional se convierte en la celebración del tesón y la inteligencia humana capaces de dar por el mismo dinero (público) un máximo de experiencias.

La idea de ejemplaridad que construye la obra y el ejercicio profesional de Andrés Perea no es la de la emulación, es la de la manipulación y la especulación. Cada propuesta es la entrada en el debate proyectual –él siempre dice que el debate conceptual, ese que habla de máximas que sirven para hacer proyectos, le interesa poco– de un objeto de interpretación no de un modelo de intención. Podríamos especular sobre las consecuencias de que una postura así fuera mayoritaria: la historia dejaría de presentarse como el discurso coherente que supone nuestra interpretación desde el presente, aumentaría la diversidad profesional y material, nos vincularíamos con otras disciplinas con verdadera concupiscencia y seguramente, complicaríamos la vida de los que intentan, a toda costa, simplificar la realidad bajo grandes rótulos clasificatorios. La arquitectura de casos es amistosa, no se junta solo con las de su clase, es natural y vital, porque debe sus planteamientos a la riqueza del mundo y puede ser contestada o discutida solo desde otra propuesta.

Quien proteste, que lo haga dibujando.

2. La gestión tecnológica: invención y solvencia.

Andrés Perea es un grandísimo experto en tecnología de la construcción. El gran motivo para esta peculiaridad biográfica es que la obra que ha construido se lo ha exigido. Hay muchos arquitectos que rinden verdadera devoción a los catálogos y que viven el encuentro de un nuevo material con auténtica emoción. En el caso de Andrés, el ámbito industrial donde encuentra su paleta constructiva es algo anterior: traslada su interés de los productos comerciales a los procesos industriales. Las plantas de galvanizado, la maquinaria para construcción civil, los centros de experimentación en extracción de energía o las plantas de invernaderos agrícolas constituyen objetos de interés y relevancia desde el punto de vista arquitectónico. En ese sentido, es también un arquitecto cien por cien contemporáneo con la sagacidad suficiente para entender que la construcción y el proyecto son fórmulas de gestión de procesos materiales extremadamente dilatados en la cadena de la modificación de la naturaleza y de la mediación profesional. Innovar requiere proponer en la fábrica una modificación en la plegadora y ser capaz de abrir la "caja negra" de una normativa antiincendios.

Esta posición respecto al medio industrial contemporáneo descubre dos rutinas profesionales bastante específicas: por un lado la construcción de solvencias y por otro la capacidad de invención. Cuando el mundo lo ha requerido, Andrés se ha vuelto experto en fenómenos estructurales como el hiperestatismo, en ventilación por flujo de aire en movimiento o en cogeneración. La capacidad de síntesis de la realidad contemporánea y esa mirada directa a la sociedad sin filtros disciplinares, le ha hecho interesarse por procesos que, sin estar dentro de la formación académica, tienen una importancia decisiva en la multiplicación de las posibilidades de elección en el diseño. Su interés por la sostenibilidad en términos técnicos, como una ilustración reciente de sus inquietudes, le ha llevado a crear una red de reflexión integrada por profesionales diversos donde puede escuchar las versiones sobre la física de nuestro mundo ecológicamente débil sin atender a los formulismos de los manuales de aplicación. Viendo la dudosa calidad de las materializaciones que la discusión sobre la ecología esta introduciendo en la arquitectura, entendemos la enorme relevancia de posturas profesionales que puedan interpretar las nuevas necesidades desde la información y la crítica. Esta construcción de solvencias permite que se produzca uno de los principales motores para la evolución social: la invención, presente en la obra de Andrés como un motor en constante funcionamiento.

La deriva por lo industrial no la realiza, por otro lado, un personaje ingenuo y enamorado al que sea fácil prender con las mieles de la técnica. Andrés ultima los rangos tecnológicos con versatilidad y adecuación incorporando con singular pertinencia tecnologías del coste más bajo a las condiciones de control de calidad más exigentes, con un compromiso explícito por la ligereza y la eficacia. Esta actitud, mantenida durante sus 30 años de ejercicio profesional, supone también una línea crítica de interpretación de la relación entre tecnología y arquitectura. En la voracidad posmoderna de los años 80, Andrés, como pocos arquitectos españoles, supo interpretar las experiencias del high tech críticamente, sin emularlas pero reconociendo la necesidad de seguir investigando en la figuración de los materiales contemporáneos.

Las posibilidades de esta visión panóptica respecto a los medios industriales, generan también nuevas condiciones en lo que podríamos llamar usabilidad de los edificios. Para empezar, se produce una atribución eficaz y clara de los roles constructivos a los elementos materiales: no hay forros, empapelamientos o grandes esfuerzos de ocultación. Desde el proyecto, las entidades materiales optimizan sus funciones técnicas y se deben a ellas. Esto supone procesos constructivos de enorme interés y calidad, no solo en los resultados, sino en los estados intermedios y en la explotación que, consecuentemente, son interpretados como estados proyectualmente relevantes, incluso, estéticamente. Se brinda así también la oportunidad para nuevas prácticas sociales de interpretación que permiten evidenciar las condiciones técnicas en una política de transparencia. El usuario asociará sus objetivos (recorridos, funciones o vistas) con los requerimientos técnicos que los posibilitan (condiciones de carga, elementos estructurales o estados dimensionales) y que son los auténticos protagonistas del espacio vividero.

Evidencia fácil de esta actitud sería la veneración que presta Andrés a la bicicleta como elemento tecnológico: cuesta poco, es comprensible y multiplica exponencialmente las capacidades del hombre.

3. La construcción de una definición de sociedad contemporánea: docencia, compromiso, deontología y creatividad.

Es maravilloso conservar la curiosidad durante un tiempo prolongado. La atención sostenida al mundo devuelve la compensación de una gran cantidad de sabiduría y de una sensibilidad heterogénea. También permite ser consciente de los problemas y desequilibrios que siguen haciendo necesario el cambio. El buen observador percibe, en esta sociedad compulsiva y acelerada y en este medio físico debilitado e inestable, gran cantidad de ocasiones para el compromiso ético. En el caso de Andrés Perea, ese compromiso no se produce de forma panfletaria, sino que es defendido como un pacto creativo. El marco de una ideología política socialmente sensible, es articulado y declinado, en cada ocasión, de forma específica. Se reivindican así dos confianzas políticas fundamentales; en el corto plazo, en la mirada rápida y directa sobre el mundo, el creador, y yo añadiría, el ciudadano, debe ser amoral, actuar con libertad y especular sobre todas las combinatorias de su entorno; en el horizonte, sin embargo, se dibuja con certeza el camino hacia la mejora de las condiciones sociales y naturales.

En este sentido, la docencia es un ejercicio de singular importancia en la carrera de Andrés Perea. Por un lado, es un magnífico visualizador y una valiosa exposición de los principios de acción que también rigen su obra. Por otro, es una especie de laboratorio de investigación y debate que decanta los nuevos hallazgos a mayor velocidad que la vida profesional solitaria.

Andrés entiende la docencia en la larga tradición de la pedagogía constructivista. El verdadero producto del curso es el alumno que ha constituido, mediante la experiencia, una base instrumental y de intereses que denominaríamos *constructo*. Los rudimentos de la pedagogía de Piaget, han sido implementados con procedimientos heurísticos que incentivan la especulación creativa sobre la realidad con métodos experimentales. La innovación metodológica es constante y cada curso único, irrepetido y automáticamente obsoleto.

Con muchos ejemplos distintos –los acontecimientos sucedidos durante el estreno de la Consagración de la Primavera, los primeros comentarios al Ulises de Joyce...– Andrés explica a los alumnos que el ejercicio de la creatividad y la innovación ensancha el campo perceptivo del hombre. Así, la rigidez de otros discursos progresistas, se transforma en un largo viaje lleno de imprevistos en el que el fin humanístico es multiplicar las capacidades de los individuos y consolidar las estructuras que permiten la flexibilidad y la libertad. Esta actitud empuja toda la actividad profesional de Andrés. Su tarea en los jurados, conocida por su voluntariedad, tesón e ilusión, descansa, por encima de la frecuente consolidación de sagas, en la base del *todo es posible*. Se benefician las voces que con el mayor desprejuiciamiento y la mejor calidad son capaces de ofertar estados tecnológicos, programáticos y espaciales inéditos.

Andrés ha transformado así el principio creativo también en una demostración deontológica. Su compromiso con la formación de valores socialmente relevantes, además de alentar incansablemente la docencia, le lleva a depositar su confianza en equipos de colaboradores jóvenes, inquietos y muy bien pagados que constituirán, por su elevado número, una generación de arquitectos con excelente formación instrumental. Así mismo, ha mantenido su independencia respecto a las jerarquías académicas, puestos institucionales o medios de difusión para ejercer una solidaridad libre y razonada con su medio profesional.

Aunque este texto no quiere ser una transmisión de su pensamiento en otra boca, dado que para este fin siempre será mejor el recurso a la versión original de sus conferencias, clases y memorias, permítanme una alusión más a sus propias palabras. Estas palabras, a su vez prestadas de Alba Rico, defienden que los arquitectos, como otros técnicos o productores, tiene dos ofertas que hacer al mundo: símbolos u objetos. Nuestros proyectos se convierte en símbolos cuando el usuario lo único que puede hacer es consumirlos. La arquitectura de los objetos es la que construye una sociedad de usuarios, no de consumidores.

Currículum de una amistad. Nace en Madrid, en 1997, cuando curso como alumna un taller de proyectos dirigido por Andrés Perea. Su formación definitiva se produce en los ya cinco largos años que, desde el 2000, hemos llenado de las actividades docentes del Grupo de Exploración Proyectual. En la actualidad vive un magnífico episodio.

Izaskun Chinchilla Moreno, Madrid, Mayo 2005.